

ALAS LETRAS, DIEZ AÑOS DE VUELO

Buenas tardes y bienvenidos. Quiero primero dar las gracias a los que están aquí, a los que decidieron salir de sus casas en esta noche de frío para compartir con nosotros este momento. Y también a la Dirección de Cultura por habernos dado un espacio en esta celebración a las letras, tan primera, tan distinta a otras según escuché decir al público de estos días. Distinta porque casualmente en estos días se le ha dado la palabra a muchos que no la venían teniendo, como fue el caso del miércoles con la revista El viento, con el círculo de poetas luego de su escisión, y hoy con nosotros, que nunca habíamos sido invitados a participar de un evento institucional. También me quedé pensando que en estos días a través de los libros que se presentaron en el encuentro, tomaron voz a través de esas obras: los pueblos originarios gracias a Marcelo Valko y varios sucesos ocurridos en San Luis, como la tragedia del muchacho Madafs, en la novela de Belgrano Rawson. Me parece que hubo una línea congruente en esto de 'dar voz'. Así que muchas gracias Gabriel y te felicito por la idea y fue un gusto para mí ayudar en la organización.

Quisimos por eso estar acá, y porque en este 2012 estamos cursando el décimo año de existencia y ya es hora de decir que ese tiempo no es poco, acá, en San Luis, donde todo emprendimiento cultural siempre ha durado un suspiro porque lo dejan caer, lo abandonan, lo suspenden.

En vista de ese tiempo y antes de darles el micrófono a las verdaderas estrellas de este segmento, quisiera charlarles de estos diez años porque me parece que además de presentar como siempre lo hago, debo decir algo más. Para eso, como hacemos en el taller me propuse una consigna, una pregunta: ¿para qué sirve un taller de escritura? Y como sucede en el taller, cuando leí lo que había escrito me di cuenta que no le había dado bola a consigna y respondí otra pregunta: ¿para qué sirve Alas Letras?

Y eso es de lo que voy a charlarles.

Diez años de existencia cultural es verdaderamente nuestra proeza. Digo nuestra porque no es mía solamente. Yo nada más abrí el espacio un año después de estar viviendo en esta provincia. Tímida, foránea, convoqué un poquito para probar y me encontré con mucha gente que necesitaba escribir para expresarse, para contar lo cotidiano, para denunciar su realidad, para hacer catarsis, para conocer a otros que estuvieran haciendo lo mismo, para aprender a decir, o para aprender a decir mejor.

Tomé así la responsabilidad de vernos una vez a la semana, de tenerles preparado un estímulo para crear, una herramienta que contrarreste el tan famoso miedo ante la hoja en

blanco, pero eso no es lo que alcanza para mantener un grupo. Hace falta que haya grupo. Y digo un grupo entendiéndolo como un conjunto de pluralidades.

Así conocí más de doscientas personas que han formado parte de Alas Letras. Y no todos eran NYC como dicen acá, nacidos y criados en San Luis; muchos eran extranjeros a la provincia como yo, y terminamos conformando esta fauna variopinta como suelen ser los grupos artísticos. Digo artísticos, porque en esto de conocernos fuimos sabiendo que varios habían publicado ya su primer libro o ganado premios, o tenían otros intereses cercanos o los fueron desarrollando en el mientras tanto: narradores orales, fotógrafos, bailarines, coordinadores de otros talleres literarios, actores, músicos, cantantes.

Si tengo que pensar en esto de ser de afuera y relacionarlo con lugares que Alas Letras habitó, tengo que contar que empezamos en un hotel como verdaderos turistas, en el bar del hotel El Regidor, y que después de bares, librerías u oficinas medioajenas, hoy estamos en un lugar propio.

Y así como algunos hemos venido de otro lado, otros han tenido que partir, hemos tenido compañeros que tuvieron que irse a vivir a otra provincia, y fue por ellos que inauguramos la modalidad virtual, los talleres vía internet, para seguir ligados, para que no perdieran ese berretín por escribir. Creamos una forma que hoy ya es una alternativa del taller, y que convoca a personas que no conocemos personalmente y que viven en distintos puntos del país.

No podemos negar que socializamos, aun permaneciendo en el ámbito de lo privado cumplimos una función que -aunque suene a salvataje- llamaría 'humanitaria'. Cosa que paso a explicar:

Para muchos la escritura ha sido siempre inaccesible, por pensarla inalcanzable, un arte para elegidos, snob, elitista. Y es cierto, porque así es como este arte mayor nos ha sido transmitido. Sin embargo, para Alas Letras no es así, las puertas están abiertas a todo mundo, el único requisito es que conozca el uso del abecedario. Pensamos que la escritura literaria es algo que puede aprenderse siempre y cuando se tenga qué contar.

Escribir, el 'cómo contar' ya lo sabemos, no es fácil, y no lo digo sólo por el tema de la sintaxis, la gramática o la ortografía, sino porque uno va implicado siempre en lo que dice, en este caso en lo que escribe, aún cuando no lo piense.

Escribir es mostrarse, es darse a conocer, es decir y decirse, aún cuando uno tenga como intermediario al personaje. Uno le hace decir al personaje lo que uno elige, a veces a conciencia. Y a veces la tinta te dirige sin que te des cuenta, bien inconscientemente. Cuando uno escribe está jugado, hizo la apuesta, lo dejó escrito. Pero lo más difícil, lo más, más, difícil es aprender al mismo tiempo a separarse de lo escrito. Porque si uno no se separa de esta pertenencia a la palabra, al texto, a sí mismo si se quiere, no va a poder crear, no va a poder mostrar lo que escribe, ni compartirlo ni publicarlo. Y lo que se ha escrito quedará mudo, como

si no hubiera sido hecho, guardado, oscurecido. Escribir es entonces también soltar. Soltarse. Por eso es difícil.

Sabemos que se puede aprender a escribir literariamente, que eso es practicar y practicar, a veces con una guía, una consigna, otro, a veces solo. Pero escribiendo y sobre todo en el taller, también se aprenden otras cosas: Cosas de las que no se dan cuenta hasta que se sorprenden, de sí mismos, de lo que fueron capaces, de lo que tenían adentro. Esta es la parte que llamo 'humanitaria'. Algo que no es 'terapia de grupo', algo que se da solo en el proceso de escribir. Eso 'humanitario' que es inherente al ejercicio de casi todas las artes. Y sucede con nada extra, solo con el devenir de la creatividad.

Referido a lo nuestro, estoy diciendo que escribir es encontrarse, con el otro, el lector, los lectores, con uno mismo en ese texto, cuento, poema que realizó, que pudo crear. Es en ese encuentro donde el ser humano aprende y se aprende, no sólo porque fue capaz de aquello que no imaginaba poder hacer sino porque descubre –un poco obligado al principio- que es capaz de mejorar lo que no le gusta, lo que no le cierra. Y esa enseñanza a veces se escapa de las paredes del taller y se aplica no solo a los textos, sino a su propia realidad. Creo fundamentalmente que este es uno de los mayores aprendizajes en una tarea como escribir, que es individual y social al mismo tiempo.

Uno aprende también a autocorregirse, y eso puede hacerlo porque de alguna forma se ve y se escucha; y vibra también algo que tiene mucho más peso: es escuchado por los otros. Quizá allí está la magia de la perdurabilidad, la fuerza que mantiene a alguien aferrado a su vocación, la veta que se sostiene como canal de expresión. Me leo y los leo. Me escucho y los escucho.

Hay muchas maneras de decir, tantas como personas; como hay muchas maneras de leer, de escuchar o de mirar. Y cada uno sin prisa pero sin pausa, va hallando y reconociendo la propia. Apreciar esa diferencia es lo que hace a la valoración del estilo, de la singularidad en un terreno donde se dice que todo ya está dicho, que no hay temas nuevos. Y es cierto en algún punto, pero lo que siempre planta la novedad es esa forma de cada uno. Lo que cada uno de nosotros tiene de especial, de único. Como sucede en la vida misma. Eso es un grupo de pluralidades. Cuando alguien escribe le da a las letras, a las palabras, la estatura que cree se merecen. Una estatura casi siempre equivalente a cómo se mide a sí mismo.

Como verán para Alas Letras, escribir no es sólo una cuestión de técnicas, si bien las aprendemos y practicamos; porque saber escribir no es publicar mucho o vender más libros; es manifestarse, es crear universos paralelos, a veces demasiado parecidos a los que habitamos como si quisiéramos poder entenderlos, a veces completamente distintos para poder respirar.

Hacer una historia, como hacer historia, no es tarea simple. Se necesita más de uno. Requiere protagonistas: héroes, ayudantes, contrincantes, destinatarios. Necesita acciones,

contexto, indicios. Necesita de una trama donde –como nos dice Greimas en su esquema actancial- haya sujetos que vayan detrás de lo que quieren conseguir, de sus objetos de deseo, y tracen un camino para llegar hasta eso, en el que van a encontrar obstáculos y también ventajas. Y esa trama que se teje tiene que tener una lógica aún cuando sea ilógica, real o utópica. Tiene que ser verosímil, tiene que poder creerse, aún cuando sea solamente una ficción.

Pero para vivir toda historia necesita, principalmente, fundamentalmente: de un autor. Sin él no habría historia posible.

Así es como en definitiva, llegué a la respuesta, para eso sirve y ha servido Alas Letras: para que cada uno se convierta en el autor de su historia y se asuma autorizado para cambiar aquello que no le gusta.

Muchas gracias y estos aplausos son para los participantes de Alas porque ellos son los que me ayudan a mí a alcanzar lo que quiero.

Lic. María Elena 'Tukis' Carras